

Notam fac mihi viam in qua ambulem. Salm. 142.
Mostradme, Señor, el camino que debo seguir para llegar á vos.

PROPOSITOS.

1. Bien se puede decir que la predestinacion tiene grande conexion con el estado á que nos llama Dios. Aquella serie de gracias, aquella admirable economía de la divina Providencia en orden á nuestra eterna bienaventuranza hace una admirable consonancia con nuestra vocacion. Debemos, pues, abrazar aquel estado de vida á que Dios nos ha destinado. Seguir otro rumbo, es arrojarse á evidente peligro de perderse. Hase de elegir estado; pero ¿qué reflexiones, cuánta consideracion, cuántas oraciones son menester para no errar en la eleccion! Es cierto que se suelen tomar todas estas precauciones cuando se trata de abrazar el estado religioso, sin embargo de ser el mas santo, y el que facilita mas la salvacion; pero ¿se toman las mismas cuando se habla de engolfarse en el mundo? Y con todo eso, todos convienen en que el mundo es un mar famoso por los naufragios, donde todo es peligro, todo escollos. Determina un jóven retirarse á la seguridad de un claustro religioso: ¡buen Dios, cuántos estorbos tiene que vencer de sus padres, de sus amigos, y aun de las personas indiferentes! Todos se interesan, todos se empeñan en disuadirselo. ¡Cuánto tiempo quieren que tome para pensarlo bien! ¡con qué elocuencia le pintan las dificultades, el rigor, las obligaciones de un estado tan santo! Pero ¿se hace lo mismo cuando se trata de contraer algun empeño con el mundo? Entonces ninguno se para á preguntar si se ha pensado bien. Se desazonarian los parientes y los amigos solo con saber que se queria tomar tiempo para deliberar un partido tan peligroso.

Comprende ahora la irregularidad y la injusticia de esta conducta. Si has de tomar estado, piénsalo antes con mucha seriedad; sobre todo, si te sientes inclinado á quedarte en el mundo, aunque sea en el estado eclesiástico, en que no son menores los peligros para muchos.

2. Pero ya te hallas en un estado fijo y determinado despues de haberlo pensado bien, de haberlo consultado con el Señor, y de haber tomado todos los consejos y precauciones necesarias. Pues no pienses mas que en santificarte en él y en cumplir con todas tus obligaciones como verdadero cristiano. Ten por tentaciones todas las dudas que te sugiere el demonio: persuádate que te hallas en el estado en que Dios quiere que estés. Desprecia todas las dudas, todas las inquietudes, que por lo comun son artificios del enemigo de tu salvacion para estorbarte el cumplimiento de tus obligaciones, turbándote la tranquilidad, sobre todo si te hallas ligado al estado con algunos votos. Estudia cada dia todas tus obligaciones, y cúmplelas exactamente. Despues de estar ligado á un género de vida, ya no es tiempo de examinar si Dios te llama á ella: estas reflexiones siempre se han de hacer antes de la eleccion de estado.

DIA VEINTE Y DOS.

SAN MAURICIO Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

El martirio de san Mauricio y de sus compañeros fué tan glorioso para toda la santa Iglesia, que no han sido bastantes mas de catorce siglos para borrar su memoria, ni para disminuir la veneracion que todas las naciones profesan á estos grandes santos.

Por tanto, se puede asegurar que no hubo suceso ni mas glorioso para la religion, ni que hiciese mas honor á Jesucristo que el martirio de este gran santo, acompañado de toda la legion Tebea, que, en sentir de san Eustaquio, se componia de seis mil seiscientos sesenta y un hombres.

Era san Mauricio primer cabo ó general de un cuerpo de tropas, que se llamaba legion y se componia entonces del número de soldados que acabamos de decir. Llamábase la legion Tebea, lo que da á entender que se habia levantado en la Tebáida, ó que solo se componia de gente de aquel país. Se habia merecido tanta reputacion en todo el imperio romano por el valor de los oficiales y por la intrepidez de los soldados, que no habia en todo el ejército romano cuerpo mas formidable á los enemigos, ni mas estimado en el mismo ejército. Esta legion tenia su cuartel en el Oriente, es decir, en la Siria y en la Palestina. Los principales oficiales, despues del general, eran Exuperio, que hacia las funciones de mayor, ó de teniente coronel, y Cándido, senador del ejército, esto es, intendente de la legion.

Estando san Mauricio de cuartel de invierno con su legion en Jerusalem y en sus cercanías, tuvo ocasion de conocer y de tratar á Zambdal, obispo de la misma ciudad; y como Mauricio era un hombre despejado y de capacidad, luego que el obispo, en una conversacion que se ofreció, le habló de la excelencia y de la santidad de la religion cristiana, haciéndole visibles los absurdos del gentilismo, deshecho en lágrimas en vista de la miserable ceguedad en que habia vivido hasta entonces, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia, abriéndole los ojos; y abrazando al obispo con respeto y con ternura, le rogó encarecidamente que le dispusiese para recibir el santo bautismo.

Esta conquista consoló maravillosamente al prelado y á todos los cristianos, siendo inexplicable el gozo de todos los fieles, el que creció mucho mas cuando se supo que Mauricio inmediatamente despues de haber salido de la conversacion del obispo se fué derecho á buscar los principales oficiales de su legion, y les habló con tanta energia y con tanta elocuencia acerca de la verdad de la religion cristiana, que todos concurrieron al instante deseosos de ser bautizados.

Luego que Mauricio y su teniente Exuperio se hicieron cristianos, se convirtieron en zelosos misioneros de toda la legion; y el Señor echó la bendicion sobre su zelo y su amor á Jesucristo, de manera que en muy breve tiempo se hizo tambien cristiana toda ella.

Habia ya cerca de dos años que era Diocleciano emperador, cuando en el de 286, queriendo remediar los alborotos que excitaba en las Galias la sublevacion de los Baugadas, pueblos del campo, que tenian por cabezas de la sedicion á Amando y á Eliano, resolvió asociarse un cólega con quien repartir la pesada carga del imperio. Escogió, pues, á Maximiano Herculeo, hombre cruel y enemigo mortal de los cristianos. Asocióle, y descargó en él la guerra que era preciso hacer en las Galias. No teniendo bastantes fuerzas el ejército que debía mandar Maximiano, y temiendo Diocleciano que el nuevo emperador quedase desairado en aquella primera expedicion, determinó fortificarle con la legion Tebea, reputada por el mejor cuerpo de tropas del imperio. Ordenó, pues, al general Mauricio que marchase á Italia con toda su legion y que se juntase con el ejército destinado para hacer la guerra en las Galias. Inmediatamente se pusieron en marcha para Italia Mauricio y sus soldados, tan prontos á obedecer las

órdenes del emperador, como fieles á la religion. El zelo de los oficiales correspondia á su fe, y la fe de los soldados al zelo de los oficiales. No se descubria en ellos otra emulacion que la de la virtud y la competencia en la devocion cristiana. Mostraban en todo su fidelidad y su constancia, tanto en lo que debian á Dios y á su religion, como en lo que eran deudores á los príncipes á quienes servian y al estado; sabiendo enlazar dichosamente el ejercicio de las armas con la práctica de los consejos y de las máximas del Evangelio.

Luego que san Mauricio llegó á Roma con su legion, fué su primera diligencia visitar al papa san Marcelino, quien de tal manera supo confirmar á todos en su zelo por la fe, que todos á una voz le prometieron perder antes la vida que dejar de ser fieles á Jesucristo, ni avergonzarse de su sagrada doctrina. Recibieron las órdenes del emperador, y marcharon á incorporarse con el ejército. Alcanzaron á Maximiano, y pasaron los Alpes por el Milanés. Fatigado el emperador de la marcha, hizo alto en Octodura, ciudad de Veragres, que se cree ser Martinach ó Martigny en el Valais, y dispuso que las tropas que le seguian acampasen en una gran llanura. Era el emperador tan supersticioso como cruel, y mandó que todo el ejército ofreciese sacrificios á los dioses para implorar su asistencia contra los enemigos del imperio. Horrorizáronse san Mauricio, san Exuperio, san Cándido y todos sus soldados; y pasando á la otra parte del Octodura, fueron á acampar tres leguas mas allá, cerca de una aldehuela llamada Ternat, entre las montañas y el rio Ródano, á doce ó quince leguas de Ginebra, y muy cerca de la punta oriental del Lago, entre el país de Valais, la Saboya y el canton de Berna. Informado Maximiano de esta novedad, envió á preguntarles la razon de aquella retirada.

Quedó extrañamente sorprendido cuando entendió que era por motivo de religion, y que así Mauricio como toda su legion eran cristianos. Sucediendo prontamente la cólera á la admiracion, y á la cólera el furor, zeloso de su autoridad, sobre todo á los principios de su reinado, mandó que al punto le obedeciesen, ó que fuese diezmada toda la legion. Apenas se les intimó á los soldados el bárbaro decreto, cuando todos á porfia se presentaron para ser diezmados. Púsose el decreto en ejecucion: sorteóse de cada diez uno, y al punto se quitó la vida á los que cayeron en suerte, y fueron á recibir la corona del martirio. Fácilmente podian los demás defender á sus compañeros, poniéndolos en este estado su valor, y la ventaja del campo les proporcionaba medio de hacer resistencia á todo el ejército; pero á ninguno le pasó esto por la imaginacion. Lejos de oponerse, tanto el oficial como el soldado, miraban con una santa envidia á los que tocaba la suerte de dar la vida por Jesucristo, y no hubo siquiera uno que no deseara estar en su lugar. Pero luego se les cumplieron sus deseos. Noticioso el tirano de la constancia y de la alegría con que aquellos soldados habian padecido la muerte por su Dios, y de la envidia que les tenian los que quedaron vivos, los cuales inmediatamente despues de la ejecucion protestaron de nuevo que no obedecerian á persona alguna que los quisiese obligar á cometer sacrilegios; y que siendo cristianos no podian tener parte en los sacrilegos sacrificios de los gentiles; estando, en fin, determinados y resueltos á padecer todos los tormentos antes que faltar en la mas minima cosa á la fe que habian abrazado, informado el tirano de todo esto, redoblándosele la rabia y el furor, mandó que en aquel mismo dia se volviese á diezmar de nuevo la legion. Luego que llegó al campo esta noticia, no se oian en él mas que gritos de alegría, plácemes,

regocijos y enhorabuenas, lisonjeándose cada uno con la esperanza de que le tocaría la gloria y la dicha del martirio. Aprovechóse Mauricio de la ocasion, y como general les habló entonces con tanta energia, animándolos á tan gloriosa victoria, que todos suspiraban por aquella dicha. Acabada la ejecucion, volvió Mauricio á juntar á sus soldados, y les habló de esta manera: « Admiro vuestra virtud, amados compañeros míos, y bendigo cien veces al Señor por esa magnanimidad que os comunicó, superior á todo humano valor. Vuestro amor á Jesucristo es mas poderoso para llenaros de esfuerzo, que la crueldad del César para intimidaros. Veo la santa envidia con que mirais la suerte de vuestros camaradas, deseoso cada uno de que el número feliz le hubiese tocado á él. A la virtud superior de la divina gracia debeis esos generosos sentimientos; ella os ata valerosamente las manos para no hacer resistencia. ¿Qué cosa mas fácil para vosotros que estorbar tan bárbara carnicería, estando con las armas en las manos, y siendo tan valientes como sois? pero ¿qué lograríais con eso? Impedir á vuestros compañeros el ser mártires, y privaros vosotros de serlo tambien. Hasta ahora solamente sabiamos por las actas adónde habia llegado la intrepidez de los primeros mártires de Cristo; pero ya se nos entran por nuestros mismos ojos aquellos grandes ejemplos. Rodeado me veo de sus sagrados cuerpos: salpicado está mi semblante, y palpo teñidos mis vestidos de su gloriosa sangre: en vista de tal ejemplo, ¿cómo es posible temer el dar la vida por Jesucristo? Alabamos todos su constancia, señal cierta de que todos deseamos merecer que se alabe tambien la nuestra. Ya sabeis, amigos míos, que en otro tiempo todos hicimos juramento de defender la república á riesgo de nuestra sangre: esto prometimos á los emperadores cuando tomamos

las armas en su servicio, sin embargo de que entonces no teniamos el menor conocimiento del reino de los cielos, y nuestro propio honor nos empeñó en ser pródigos de nuestra vida, sin esperanza de otro premio. ¿Será posible que hemos de ser menos fieles á Jesucristo cuando este nos promete una gloria inmortal por recompensa? Ofrecimosle nuestra fe cuando recibimos el bautismo; y al venir aqui, le renovamos en Roma esta promesa en manos de su vicario; ¿cómo tendríamos atrevimiento para faltarle á esta palabra? Paréceme que ya estoy viendo en el cielo á nuestros compañeros, que en medio de su triunfo nos están convidando á que vayamos á participar de su corona. Pocos momentos ha estaban con nosotros, y vedlos ya en posesion de una eterna dicha, de que no los podrán privar todos los principes de la tierra. Vamos, pues, amados compañeros, vamos; y á su imitacion ofrezcámonos al martirio generosamente. Sigamos el camino que ellos nos abrieron. Compañeros nuestros fueron en todas las empresas militares: imitémoslos en la constancia de su fe para ser compañeros suyos en la gloria. Sea intrépido nuestro valor en la defensa de la religion: sea inalterable nuestra fe en medio de los tormentos, y muéstrese invencible nuestra constancia. A estos soldados que van á dar cuenta al emperador de su expedicion, roguémosles le declaren en nombre de toda la legion, que no hay en toda ella ni un hombre solo que no se glorie de ser cristiano, y que no esté pronto á derramar hasta la última gota de su sangre por amor de Jesucristo antes que tener parte en unos sacrilegios á que se da el nombre de sacrificios. »

Apenas acabó de hablar san Mauricio, cuando oficiales y soldados gritaron á una voz: *Cristianos somos; y antes derramaremos nuestra sangre hasta la última gota, que hacer la mas minima cosa contraria*

á la ley de Jesucristo. Dieron parte á Maximiano de esta generosa protestacion los mismos verdugos que habian sido testigos de ella; y entrando en nuevo furor, mandó que se hiciese otra tercera decimacion en el mismo dia. Llegó la noticia al campo, renovóse el gozo de todos; y esperando cada uno que le tocase la suerte, todos se dispusieron para recibir el martirio. Quitóse, pues, la vida á los que salieron diez-mados, y hasta los mismos verdugos se enternecieron viendo las lágrimas y la afliccion de los que quedaban vivos por no haberles caido la suerte que anhelaban. Encendido entonces san Exuperio, uno de los oficiales generales, en nuevo zelo de la religion, y dirigiendo sus palabras á los soldados que habian quedado: *Amigos, les dijo con resolucion y con firmeza, si me veis venir á vosotros con la bandera de la legion en la mano, tened entendido que no es para que tomeis las armas. Vengo á apimaros á otra suerte de combate, en que nos vence el amor, y solo triunfa la paciencia. Nuestros hermanos derramaron su sangre por Jesucristo: espero en este divino Salvador que no se desdenará de aceptar tambien la nuestra. Supliquemos á estos soldados, ejecutores de las órdenes del emperador, que en nuestro nombre le presenten un humilde memorial del tenor siguiente:*

« Señor: Soldados vuestros somos; pero al mismo tiempo somos siervos del verdadero Dios, y así lo confesamos con toda libertad. A vos os debemos el servicio militar, y á él el homenaje de un corazon puro y fiel. De vos recibimos la paga, y de él tenemos la vida. No podemos obedecer vuestras órdenes mientras sean contrarias á las suyas. Él es nuestro primer soberano, y tambien vuestro, aunque no querais: siempre que nos mandeis cosa que no le desagrade, nos encontraréis tan rendidos y tan obedientes, como nos habeis experimentado en todas

ocasiones; pero cuando el emperador nos manda lo que Dios nos prohíbe, juzgad vos mismo, Señor, á quién debemos dar la preferencia. Fácil nos hubiera sido vengar la muerte de nuestros camaradas; pero no lo hicimos. Voluntariamente nos desarmamos todos para mostraros que queremos morir, y no queremos pelear, amando mas perder la vida sin faltar á nuestra fe, que sobrevivir á nuestros camaradas, sacrificando indigna y cobardemente á vuestros sacrilegos ídolos. No nos atemorizan los suplicios. Enviad verdugos que nos sacrifiquen á nuestro Dios, con la seguridad de que encontrarán prontas las víctimas. Quitándonos una vida de corta duracion, nos proporcionarán otra que se perpetuará por toda la eternidad. En una palabra, cristianos somos, y ninguna cosa será bastante para desquiciar nuestra fe ni para doblar nuestra constancia. »

Es probable que esta generosa resolucion fué presentada por escrito al emperador. Como quiera que sea, desesperanzado Maximiano de vencer jamás aquella firmeza, sostenida por una como conspiracion general, resolvió que pereciese toda la legion, y mandó marchar á todo el ejército contra los Tebeos con orden de hacerlos pedazos á todos. Considerándose entonces nuestros generosos mártires como víctimas que iban á ser sacrificadas al verdadero Dios, quisieron imitar al Salvador, que se dejó sacrificar como un manso cordero, sin abrir la boca. Dejaron todos las armas á ejemplo de su jefe. Presentóse al frente san Mauricio, como caudillo de aquella gloriosa legion de mártires, y fué la primera víctima. Cayeron despues á sus dos lados san Exuperio y san Cándido. En un instante se cubrió todo el campo de cadáveres; inundaban todo aquel terreno los arroyos de la inocente sangre: nunca se vió semejante carniceria sin combate, sin gritos y sin quejas. Habia

concedido el emperador á los soldados gentiles el despojo de los santos mártires; y mientras se ocupaban en él, llegó al campo un soldado veterano, dor nombre Victor, que quedó asombrado al ver aquella horrible carnicería. Informado de su motivo, exclamó sin poderse contener: *¡Desgraciado de mí! que si hubiera llegado una hora antes tendria parte en su triunfo.* Conocieron todos por estas palabras que era cristiano; confesólo sin detenerse, y en el mismo punto fué sacrificado como todos los demás. Consiguieron la palma del martirio estos seis mil seiscientos y sesenta y un soldados de Jesucristo el día 22 de setiembre del año 286, en un sitio que entonces se llamaba Agauna por los peñascos que le rodean, y despues del martirio de estos santos se hizo tan célebre en la Iglesia con el nombre de San Mauricio, en cuyo honor Sigismundo, rey de Borgoña, edificó un magnífico monasterio.

Fueron enterrados los cuerpos de los santos mártires por los paisanos del contorno en el mismo sitio de su martirio, abriendo para eso grandes y profundos fosos, donde estuvieron hasta el tiempo de los emperadores Graciano y Teodosio en que se hizo su descubrimiento á san Teodaro, obispo de Octodura, á cuya diócesis perteneció Agauna. Con los milagros que obró Dios cuando se descubrieron aquellas santas reliquias, se aumentó la devocion á los gloriosos mártires, y solicitaron sus reliquias las mas de las iglesias. San Martin hizo expresamente un viaje á Agauna para lograr algunas, y enriquecer con ellas su catedral. Asegúrase que, habiendo sido arrojada en el Ródano la cabeza de san Mauricio, aportó milagrosamente á Viena del Delfinado, donde fué recibida con grande veneracion, y colocada en la iglesia mayor, que entonces se llamaba de los santos Macabeos. Despues se dedicó á san Mauricio la catedral

de aquella metrópoli, tomándole la ciudad por su patrono.

Hasta las armas de san Mauricio se conservaron con grande veneracion. Carlos Martel quiso servirse de su lanza y de su morrion cuando dió batalla á los sarracenos. Los duques de Saboya llevan siempre el anillo del santo, recibíendole por mano del abad de San Mauricio, y le dejan sucesivamente los unos á los otros como la mas preciosa señal de su soberania. Habiéndose retirado al priorato de Ripaille el año de 1434 Amadeo VIII, por sobrenombre el Pacifico, primer duque de Saboya, fundó la órden militar de San Mauricio por la devocion particular que profesaba á este gran santo, patrono y protector de Saboya. Los caballeros de la órden llevan una cruz blanca, cuyos extremos representan la planta llamada trébol: y se dice la cruz de San Mauricio. Carlos Manuel agregó á la órden de san Mauricio la de san Lázaro, que era mas antigua; y estando ya como extinguida la órden de San Mauricio, solicitó y logró el zelo de Manuel Filiberto, duque de Saboya, y muy devoto del santo, que fuese restablecida por una bula del papa Gregorio XIII el año de 1572, declarándose el duque por gran maestre: lo confirmó el papa Clemente VIII el año de 1603.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Valencia de España, la fiesta de santo Tomás de Villanueva, arzobispo y confesor, cuya fiesta se celebra en este dia, bien que de él hayamos hablado el 18 de este mes.

En Sion en la Galia, en el lugar llamado Agauna, la fiesta de san Mauricio, san Exuperio, san Cándido, san Victor, san Inocencio y san Vital, mártires de la legion Tebana con sus compañeros, soldados de la misma legion, que, entregados á la muerte por la fe

de Jesucristo, bajo el emperador Maximiano, edificaron al mundo con su glorioso martirio.

En Roma, el suplicio de santa Digna y de santa Emirita, vírgenes y mártires bajo Valeriano y Galiano: sus reliquias se guardan en la iglesia de san Marcelo.

En el país de Chartres, hoy Arpajon, san Yon, presbítero y mártir, que, habiendo ido á Francia con san Dionisio, fué azotado de orden del prefecto Juliano, consumando su martirio á filos de la espada.

En Ratisbona, en la Baviera, san Emeran, obispo y mártir, quien, por libertar á otros, padeció resignado una muerte muy cruel por Jesucristo.

En Antioe de Egipto, santa Iraida, virgen de Alejandria y sus compañeros, mártires. Habiendo la santa ido por agua á una fuente vecina, avistó un bajel cargado de confesores de Jesucristo; y dejando el cántaro, se reunió al punto con ellos, fué conducida tambien con ellos á la ciudad, y despues de muchos suplicios fué decapitada la primera. Con el mismo género de muerte perecieron en seguida los sacerdotes, los diáconos y las vírgenes con todos los demás.

En la ciudad de Meaux, san Santino, obispo, discípulo de san Dionisio Areopagita, que, habiendo sido ordenado por él obispo de aquella ciudad, fué el primero que en ella predicó el Evangelio.

En el término de Coutances, san Lo, obispo.

En país del Poitou, san Florente, presbítero.

En tierra de Bourges, san Silvano, confesor.

En Laon, santa Salaberga, abadesa.

En Sens, san Serótino, venerado como diácono y mártir en Saint-Pierre-le-Vif.

En la diócesis de Chalons en Champaña, santa Lindrúa, virgen.

Dicho día, santa Drozela, martirizada con otros cinco.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Annue, quæsumus, omnipotens Deus, ut sanctorum martyrum tuorum Mauriti et sociorum ejus nos lætificet festiva solemnitas; ut quorum suffragiis nitimur, eorum natalitiis gloriemur. Per Dominum nostrum...

Concedenos, ó Dios omnipotente, la gracia de que nos alegremos en la festividad de tus santos mártires Mauricio y sus compañeros: para que nos gloriemos en el nacimiento de aquellos, en cuya proteccion confiamos. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 7 del Apocalipsis de san Juan.

In diebus illis: Respondit unus de senioribus, et dixit mihi: Hi, qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? et unde venerunt? Et dixi illi: Domine mi, tu seis. Et dixit mihi: Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas et dealbaverunt eas in sanguine Agni. Ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus: qui sedet in throno habitabit super illos: non esurient, neque sitient amplius, nec cadet super illos sol, neque ullus aestus, quoniam Agnus, qui in medio throni est, reget illos, et deducet eos ad vitæ fontes aquarum, et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.

En aquellos dias me dijo uno de los ancianos: Estos, que están vestidos con estolas blancas, ¿quiénes son, y de dónde vinieron? Yo le respondí: Señor, tú lo sabes: y él me dijo: Estos son los que vinieron aquí despues de haber pasado por grandes tribulaciones, y que lavaron y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero: por esto están delante del trono de Dios, y le sirven de día y de noche en su templo; y el que está sentado en el trono los cubrirá con pabellon. Ellos no tendrán mas hambre ni sed, ni el sol ni el calor los incomodará mas. Porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor, y los conducirá á las fuentes de las aguas vivas, y Dios enjugará todas lágrimas de sus ojos.

NOTA.

« El libro del Apocalipsis significa revelacion. El mismo san Juan da este título á su profecía, co-
 » menzándola de esta manera : *La revelacion de*
 » *Jesucristo*. Todo es misterioso en este libro, y no
 » es menos admirable que oscuro. Sus palabras son
 » otros tantos misterios, dice san Jerónimo. Añade
 » san Agustín, que el Apocalipsis es una profecía de
 » todos los sucesos que han de acaecer en la santa
 » Iglesia desde la ascension de Cristo hasta su se-
 » gundo advenimiento. »

REFLEXIONES.

Enjugará Dios todas las lágrimas de sus ojos. Así lo sabe hacer el Señor, y siempre lo hace como Dios. Seguramente que el salario excede mucho al trabajo, y el premio hace grandes ventajas al mérito. ¡Oh, y qué gozo causan en el cielo todas las desgracias y todas las adversidades de esta vida! ¡Con qué gusto, con qué dulce complacencia se miran entonces aquellas congojosas aflicciones, aquellas pesadas cruces, aquellos amargos tragos que tanto horror nos ponian en este mundo! En la dulce estancia de los bienaventurados, ¡cómo se convierten en honor, en riquezas, en consuelo y aun en delicias los desprecios, la pobreza, las enfermedades, y hasta los suplicios padecidos por Jesucristo! Una cruz de oro, un nombramiento de coronel, una pension tiene virtud, no solo para consolarnos, sino para complacernos á vista de un brazo cortado, de una disforme cicatriz que nos afea, de una salud enteramente estragada : ¡pues con qué ojos se mirará en el cielo todo aquello que se padeció por amor de Dios! *Non sunt condignæ passionis hujus temporis.* Entonces si que se exclama con seguridad : Bien cierto estoy de que las aflicciones de la tierra

no tienen proporcion alguna con la gloria presente. Entonces si que se conoce cuánta es la dicha de los santos del cielo. Entonces si que se comprende ser tanta esta dicha, que no hay voces para explicarla, ni obras capaces de merecerla. No hay cosa en este mundo que nos pueda dar idea justa de los inmensos bienes que gozan los santos en la gloria ; pero sobradamente conocemos los innumerables males de que están exentos. ¿Quieres tener alguna luz de la bienaventuranza de la otra vida? pues considérala libre de todas las miserias de esta. Dolores, tristezas, temores, inquietudes, disgustos, pesadumbres, todo está desterrado de la feliz mansion de los bienaventurados. No se acerca á aquella santa ciudad cosa alguna que enfade, que moleste, ni que lijeramente mortifique. Reina en la Jerusalem celestial una alegría pura y llena, una calma inalterable. ¡Ah Señor, y qué hombre de la tierra podrá comprender las inefables dulzuras que gustan los elegidos en el cielo! No solo poseen en él todo lo que desean, sino todo lo que necesitan para no desear mas. El corazon está lleno, el alma saciada y satisfecha. Es un torrente, es un océano de purísimas delicias el que inunda á los bienaventurados. Aquella su incomprendible felicidad ya no se compone de todos los bienes juntos, sino de la misma fuente de todos los bienes, de la omnipotencia de Dios, de la posesion del mismo Dios. No es ya la alegría del Señor la que entra en el corazon de los santos. Seria espacio muy estrecho, seria muy limitado para que gustasen aquel torrente de delicias : el alma de los santos es la que entra, la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, con la alegría del Señor ; y siempre son muy débiles nuestros mayores deseos por esta desmedida felicidad.

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas, y el mismo que el dia XVI, pág. 412.